

---

# La clase obrera en América Latina: algunos problemas teóricos



Ioan Davies  
Shakuntala de Miranda

---

## I. INTRODUCCION

### LOS ANTECEDENTES

El hecho de que el obrerismo latinoamericano haya dejado de crear efectivos movimientos radicales (por no decir revolucionarios) se ha comentado con bastante frecuencia,<sup>1</sup> pero al mismo tiempo las discusiones relativas a su posibilidad revolucionaria están a veces acompañadas de cierta euforia. Ahora que los signos optimistas de los últimos diez años han sido seguidos por la reacción, con golpes militares que han sustituido a gobiernos de centro-izquierda en todos los estados a excepción de Chile, Venezuela, Uruguay, Méjico y Cuba,<sup>2</sup> es conveniente valorar y examinar las dos teorías propuestas para explicar la situación laboral en América Latina y ciertos hechos básicos concernientes a ellas.

Los hechos escuetos, relativos al obrerismo latinoamericano, se determinan con facilidad. En lo que ha transcurrido de este siglo, la población de las áreas urbanas ha aumentado considerablemente.<sup>3</sup> Actualmente, en los países meridionales —Argentina, Uruguay y Chile— más del 60 por ciento de la población vive en ciudades y pueblos, en Méjico el promedio es de 48 por ciento y en Venezuela de más de 65 por ciento, mientras que incluso en los países que tienen bajos promedios de población urbana hay grandes multitudes que se aglomeran en

1 H. LANSBERGER, "The Latin American Labor Elite: is it revolutionary", en S. M. Lipset y A. Solari, *Elites in Latin America*; Oxford, 1966; y STANISLAV ANDRESKI, *Parasitism and Subversion*, Weidengeld: Nicholson, 1966.

2 La clasificación convencional de los partidos políticos en derecho, centro e izquierda, pierde en América Latina casi todo el escaso valor que en su sentido tradicional aún puede conservar en el mundo contemporáneo. Las pretensiones izquierdistas de la Democracia cristiana chilena y la breve historia del movimiento liderado por Eduardo Frei nos parecen ejemplos concluyentes. Por otra parte Cuba no es propiamente, junto a otros países del continente, una excepción en la cadena de los golpes de estado porque nuestra historia es ya otra, la hace el pueblo para el que sólo cuenta como pasado remoto lo que todavía constituye el trágico presente de las repúblicas latinoamericanas. (N. de R.).

Cifras de *Urbanism in Latin America*, Seminario sobre problemas de urbanización en América Latina, Santiago, 1959, UNESCO, 1961 y Unión Panamericana, *Estudio Social de América Latina*, 1963-64, pp. 18-65.

centros estratégicos. Entre éstos están las ciudades de Sao Paulo y Río de Janeiro que, con sus suburbios y pueblos aledaños, albergan un séptimo de la población de Brasil. En toda la América Latina, el porcentaje de habitantes urbanos aumentó de 39.2 por ciento en 1950 a 47.4 en 1962. El incremento urbano anual de 4.6 por ciento ha sido mucho más rápido que el crecimiento de la población total, de 2.5 por ciento, a pesar de que el índice de natalidad ha sido más elevado en las zonas rurales. En Brasil y Venezuela, el 50 por ciento aproximadamente del aumento de la población urbana entre 1950 y 1960 se debió a la inmigración neta precedente de las áreas rurales, en México y Ecuador un poco más del 40 por ciento, y en Chile el 35 por ciento. La concentración en centros urbanos únicos es igualmente notable. Por el año 1964, el 34 por ciento de la población de Uruguay vivía en Montevideo, el 33.8 por ciento de la población de Argentina en Buenos Aires, el 24 por ciento de los chilenos vivía en Santiago, el 24 por ciento de los panameños en la ciudad de Panamá, el 14 por ciento de los mexicanos en Ciudad México, el 16 por ciento de los paraguayos en Asunción y el 14 por ciento de los peruanos en Lima. El 32 por ciento de la población total de América Latina vivía en poblaciones con más de 20,000 habitantes. Las estadísticas referentes a la urbanización están corroboradas por las cifras de la ocupación laboral. En 1960-61, el porcentaje en Argentina de la población económicamente activa dedicada a la agricultura era solamente el 19.2 por ciento, en Chile era el 27.7, en Venezuela el 32.1, en Méjico el 54.2 y en Brasil el 60.6.<sup>4</sup> Así tenemos que hasta en Brasil, con sus inmensas áreas rurales, casi el 40 por ciento correspondía al sector urbano. Los motivos de la migración radicaban en algunos casos en los atractivos de la ciudad, pero generalmente se debía a que el campo no podía proporcionar trabajo para una población creciente, aunque la situación rural no es tan mala como sugiere Andreski cuando dice que "el éxodo se debe menos al atractivo de la ciudad que a las desastrosas condiciones de la vida rural, y contribuye grandemente al traslado del desempleo de los campos a las ciudades"<sup>5</sup>.

Pese a la explosión urbana, la mayoría de los países latinoamericanos sigue dependiendo para sus exportaciones de uno o dos productos (principalmente agrícolas). En Brasil, el café y el cacao abarcaban en 1959 el 64 por ciento de las exportaciones, en Chile el cobre constituía el 66 por ciento, en Colombia el café solamente el 77 por ciento, en Venezuela el petróleo el 92 por ciento, en Bolivia el estaño el 62 por ciento, y en la Argentina altamente urbanizada la carne y el trigo cubrían el 39 por ciento y en Uruguay la lana y la carne el 68 por ciento<sup>6</sup>. Como éstos constituyen en casi todos los casos más del 20 por ciento del producto nacional bruto (compárese con el 4.4 por ciento para las exportaciones en Estados Unidos), se hace evidente el predominio de las industrias extractiva y agrícola en la estructura económica. Aunque la necesidad de desarrollo interno en los años posteriores a la depresión ocasionó un dramático ascenso de la actividad industrial en muchos países latinoamericanos, esto no hizo que se industrializara siquiera un solo país, y solamente en sectores meridionales de Brasil se produjo algo que se asemejara a una cultura industrial<sup>7</sup>. En cambio, los integrantes de la nueva clase media industrial fue-

<sup>4</sup> Fuente: I.L.O.: Yearbook of Labor Statistics, 1965.

<sup>5</sup> Andreski, op. cit., p. 7.

<sup>6</sup> Para un resumen, véase de J. Gerassi, *The Great Fear in Latin America*, Collier, 1965, pp. 19-69.

<sup>7</sup> Véase, de C. Véliz, *Obstacles to Change in Latin America*, Oxford U. P., 1965, especialmente la introducción de C. Véliz y los artículos de Pinto, Urquidí, Furtado y Jaguaribe.

ron absorbidos por la cultura aristocrática de los terratenientes distinguidos, imitaron sus modales, enviaron sus hijos a sus escuelas, fabricaron casas de acuerdo con su estilo, y generalmente se unieron a ellos en una hegemonía sociopolítica. Los servicios bancarios y comerciales se hicieron sus signos distintivos, y así las ciudades se llenaron de trabajadores de cuello y corbata. En 1960 los trabajadores de cuello y corbata, los dedicados a servicios profesionales y administrativos, constituían en Chile el 56% de la población no agrícola; y en 1961 la cifra estaba en Venezuela muy cerca del 90%<sup>8</sup>. El contorno típico de una ciudad latinoamericana incluye así una clase superior —perfectamente compenetrada con clase superior rural y constitutiva del 0.5 al 2% de la población; una clase entre media y superior que consta del 25 al 35% e incluye a los trabajadores profesionales y administrativos y los pequeños comerciantes; una clase de “transición” que incluye a los artesanos, obreros semicalificados de la industria, mineros y trabajadores de los servicios comerciales, y finalmente, una “clase popular” que consiste principalmente en los jornaleros, los no calificados y los parcialmente empleados. Fuera de esto —y las estadísticas latinoamericanas son pocas veces específicas— tenemos a los habitantes de los barrios de casuchas y las áreas marginales de las ciudades, cuyos trabajos están entre los de la agricultura y los de la industria. Este es el contexto en que hay que contemplar el desarrollo de las organizaciones laborales— políticas e industriales<sup>9</sup>. Son cuatro las formas principales en que se han organizado los sindicatos y partidos laborales: desde arriba, por políticos que han intentado crear una fuerte base para el poder (por ejemplo, Perón, Vargas y Goulart, Cárdenas), por inmigrantes que han imitado los ejemplos europeos (ostensiblemente el anarcosindicalismo a principios de siglo, particularmente en Brasil, Chile y Argentina), y mediante asistencia y asesoramiento externos (principalmente sindicatos comunistas, pero últimamente también mediante la ORIT, el ala latinoamericana de la ICFTU); y por la actividad espontánea de los trabajadores. En muchos casos el propio estado patrocinó el surgimiento de sindicatos aún antes de que existiera una gran proporción de obreros industriales, pero esto no ha producido un número considerablemente grande de sindicalistas<sup>10</sup>. Aunque en Argentina el 45 por ciento de los asalariados eran miembros de sindicatos en 1961. En Chile el promedio era de 19 por ciento, en Brasil 18 por ciento, y en Venezuela 10 por ciento. En Méjico era más elevado, 32 por ciento. Los obreros rurales apenas están organizados. En algunos países( como Brasil y Argentina), los sindicatos tienen una base ampliamente industrial, pero casi todos se fundamentan en plantas artesanales e industriales con federaciones de estructura disuelta que pueden influir poco en las disputas industriales. (En algunos países la legislatura prohíbe la acción colectiva o las huelgas organizadas por las federaciones). A causa de la carencia de sindicatos de amplitud industrial, es difícil organizar a los trabajadores en fábricas y empresas pequeñas, y los dirigentes sindicales de los centros de trabajo tienden a ser pobremente adiestrados. Los fondos sindicales son generalmente

8 Calculado según el Cuadro 43 (198) de Unión Panamericana, *Estudio Social de América Latina*, Washington 1964, p. 98.

9 Cifras de I.L.O. *Curso para sindicalistas latinoamericanos sobre planificación y desarrollo económico y social*, Ginebra, 1965.

10 Para un breve resumen véase, del International Institute for Labor Studies, *Labour Relations and Economic Development*, Ginebra, 1964, pp. 79-117.

escasos y los dirigentes se ven obligados a hacer demandas militantes que son incapaces de respaldar con acción industrial. Aunque los sindicatos expresan con frecuencia ideologías políticas, éstas son muy pocas veces definidas o programáticas, no son sino "actitudes vagas... que nunca pueden traducirse en ideas definidas" 11. Como señala di Tella acerca de los obreros de las áreas mineras: "En términos generales, son adictos a apoyar las grandes demandas sindicales o políticas, pero mucho más fácilmente son influidos por dirigentes ajenos a su clase... tienden a preferir la acción repentina y drástica a la organizaciones pacientes y a largo plazo" 12. Así dada la escasez de legislación gubernamental (condición que afecta a la estructura sindical, las finanzas, la dirección, la acción directa e incluso la filiación política), los sindicatos propenden a reaccionar violentamente y esporádicamente. El derecho laboral se convierte alternativamente en el tema más importante sobre programas de adiestramiento sindical y las alianzas con los partidos gubernamentales se hacen un objetivo político. La negociación colectiva como tal, ha desempeñado un papel insignificante en las relaciones industriales. O bien el gobierno se ha adueñado de la situación creando tribunales laborales y consejos salariales, o no ha habido más que anarquía industrial bajo la dirección de patronos autoritarios. Apenas existen programas de relaciones laborales en escala nacional. Por consiguiente se ignora hasta la compleja maquinaria para resolver las disputas que existen en muchos países. Son frecuentes las huelgas (aunque normalmente ilegales), y la violencia es un elemento importante para efectuar cambios en la política laboral. Donde los sindicatos, como sucede en Argentina, tienen más fuerza y posibilidades y una función reconocida, su influencia se encamina principalmente al "desarrollo de las presiones inflacionarias causadas por la inflexibilidad del sistema económico y la continua y creciente transferencia de los ingresos procedentes de la agricultura" 13.

Los esfuerzos de los sindicatos por cambiar el nivel de vida o —más ambiciosamente los programas de los países— han fracasado generalmente para el conjunto de la población trabajadora. De 1945-47 a 1955-57, los salarios reales bajaron en Argentina en un 11.4 por ciento, en Brasil en un 6 por ciento y en Chile en un 12 por ciento. La inflación existente en el continente ha hecho ver que los sindicatos tienen que correr más aprisa para llegar al punto en que no tengan que moverse. Entre 1946 y 1956, el aumento medio anual en el costo de la vida fue de 15.4 por ciento en Brasil, 12.4 por ciento en Perú, 35.7 en Chile, 19.8 en Argentina y 63 en Bolivia 14. En medio de todo esto están los sufridos jornaleros, obreros agrícolas, subempleados y viejos y niños. Los ajustes anuales de los ingresos y salarios no son para ellos: los únicos trabajadores que en alguna forma tienen garantizado el incremento son los que tienen empleos estables.

Los hechos son claros —y la superestructura económica es igualmente evidente 15. ¿Pero qué interpretación se les puede dar? ¿Está condenada la

11 E.C.L.A.: El desarrollo social de América Latina en la postguerra, Mar del Plata, Argentina, 1963 (mimeografiado), p. 10.

12 T. di Tella: "Tensiones sociales en los países de la periferia", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Año 6, Nº 1 (1961), 49-62.

13 Aldo Ferrer: *La economía Argentina*, Buenos Aires, 1963, p. 254.

14 S. Andreski, op. cit., p. 122.

15 Véase especialmente, de Celso Furtado, *The Economy of Brazil*, 1965.

clase obrera latinoamericana, como ha observado Andreski, a vivir en una “América Latina dominada por gangsters como los que gobiernan actualmente en la mayoría de esos desdichados países, cuyo único derecho a titularse miembros del “mundo libre” radica en su determinación a matar y encarcelar a todo el que sea acusado de comunista?”<sup>16</sup>. Hay que examinar algunas de las teorías expuestas como explicaciones del estado actual de la clase obrera en América Latina antes de llegar a una conclusión definitiva.

## 2. TEORIAS Y JEROGLIFICOS

A diferencia de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, América Latina ha tenido poca historia laboral, una condición que comparte con Africa y Asia. Casi todas las discusiones referentes a la clase obrera han sido conducidas por sociólogos teóricos en general, científicos políticos, economistas, alguno que otro antropólogo. Lo que está ausente en todas partes es el detalle, el ensayo vigoroso de las diversas teorías expuestas y en cierta medida re-examen de algunos de los datos que existen. Alain Touraine ha avanzado un poco en este sentido con su equipo de Laboratorio Industrial en la Sorbona, y con la cooperación de sociólogos de Santiago y Buenos Aires, y se hizo algún trabajo útil en la Universidad de Sao Paulo antes del golpe de Estado. No obstante, mientras no sean evidentes los resultados de esta investigación habrá un abismo entre la teoría y los hechos, y está claro que este abismo proporciona una de las razones más importantes para la consecuente mala interpretación del escenario laboral latinoamericano.

A grandes rasgos, las teorías sobre el obrerismo en América Latina son de cuatro clase: estructuralistas y de cambio social, que procuran trazar la inclusión de los obreros en el sistema sociopolítico de acuerdo con los indicadores de la “modernización”;<sup>17</sup> teorías “mecanicistas” de relaciones industriales, que tienden a concentrarse en cuestiones legales y económicas y en la interrelación que hay entre los apremios político legales y el funcionamiento de un sistema de contratación salarial;<sup>18</sup> teorías marxistasimpresionistas, del desarrollo de una conciencia de clase revolucionaria y las consecuentes organizaciones y sus réplicas *simplistas*; y a menudo igualmente impresionistas;<sup>19</sup> y la interpretación hegeliana estructural del profesor Touraine.<sup>20</sup> Por añadidura, existen varios estudios sobre instituciones económicas y políticas y condiciones laborales, programas de seguridad social y beneficencia, centros de recreación y cultura, y proyectos de desarrollo de comunidades, que incluyen algunos elementos teóricos, aunque normalmente de poca utilidad y complicación, que se limitan en lo esencial a datos útiles y que pudieran utilizarse en teorías de explicación. Como las diversas “grandes teorías” —estructuralistas, marxistas y de Touraine— proveen el marco más ambicioso para un in-

<sup>16</sup> Andreski, op. cit., p. 277.

<sup>17</sup> Muchas fuentes americanas, pero la obra latinoamericana más coherente e influyente es *Política y sociedad en una época de transición*, de G. Germani, Buenos Aires, 1962.

<sup>18</sup> Véase, de R. Payne, *Labor and Politics in Peru*, Yale, 1965, *Industrial Relations in Chile, Argentina, Brazil*, de R. Alexander, y las publicaciones del U. S. Department of Labor.

<sup>19</sup> Para lo primero véase, de I. L. Horowitz, *Revolution in Brazil*, Dutton, 1964; para lo segundo, op. cit., de S. Andreski, y op. cit. de H. Lansberger.

<sup>20</sup> Para Touraine, véase después de 31.

tento de analizar el obrerismo en América Latina, empezaremos por ellas y señalaremos las mayores lagunas que hay en las teorías actuales.

Las principales diferencias que existen entre las teorías estructuralistas y las del conflicto sobre el trabajo obrero y el cambio social radican en el concepto del progreso y el mecanismo necesario para lograrlo.<sup>21</sup> Por lo común, ambas tienen una visión evolucionista general del cambio y ambas utilizan conceptos de "modernización" como parte de una tipología para la comprensión del proceso de desarrollo. En el caso del análisis estructuralista, la idea del desarrollo está encajada en una transición de los sectores tradicionales a los modernos, dando por sentado el ideal de lo "moderno" y considerando tradicionalmente lo tradicional como estático.<sup>22</sup> En su caso el análisis del trabajo obrero se hace mayormente en forma de una tipología basada en una serie continua de lo tradicional y lo moderno: su utilidad consiste grandemente en valorar la inclusión en el sector "moderno" y en crear un marco para explicar la estructura del proceso de absorción y "movilización".<sup>23</sup> Este puede tener dos acentos un tanto diferentes: económico y político. En el caso económico, el grado real de "industrialización" constituye el principal criterio de modernidad, y por consiguiente habrá la tendencia a establecer los índices de conducta social de la modernidad de acuerdo con puntos de vista económicos. Las aptitudes de eficiencia y mecanización, el grado de permanencia en el sector industrial, las técnicas y la efectividad en la administración, etc., serán primordiales en todo análisis.<sup>24</sup> Por otra parte, casi todo el trabajo que utiliza la tesis del desarrollo ha sido político, y los criterios adoptados para proyectar tipologías se han referido a los grados de participación política y el desarrollo de las instituciones políticas en una serie continua de lo tradicional, autocrático y democrático.<sup>25</sup> Esto incluye un uso algo abstracto y parcial de las "variables de patrones" de Talcott Parsons<sup>26</sup> y, al igual que el análisis centrado en la economía, una tendencia a ignorar el doble proceso que hay entre los sectores "tradicionales" y "modernos", tanto en el orden cultural como en el estructural.

Evidentemente, es imposible examinar aquí todas las teorías que pudieran catalogarse bajo la etiqueta de "estructuralistas",<sup>27</sup> pero tal vez algunas observaciones sobre la obra de Germani ilustren el dilema básico. Aunque el trabajo de Germani se refiere al tema más amplio del desarrollo, sus diversas publicaciones han tomado en consideración de un modo particular lo que él llama "clase popular". Además, ha tenido la suficiente audacia para bosquejar una teoría sobre la evolución social en América Latina que incluye específicamen-

<sup>21</sup> Para exposiciones estructuralistas generales véase, de W. Moore, *Social Change*, Prentice Hall, 1965.

<sup>22</sup> Véase, de James Petras "The Harmony of Interests", *International Socialist Journal*, 16-17 (1966), pp. 481-503, para una crítica de las teorías estructuralistas en las investigaciones de Latin American Social Science.

<sup>23</sup> Para exposiciones generales véase, de K. Deutsh, "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, L. V. 3 (1931), pp. 493-514, y de K. Deutsh, "Nationalism and Social Communication" (N. Y., 1953); de S. M. Lipset, "The First New Nation", Heineman, 1963; de S. N. Eisenstadt, "Modernization, Protest and change", Prentice Hall, 1967.

<sup>24</sup> Para una teoría general clásica en estos términos, *Industrialism and Industrial Man.*, de C. Kerr y otros, Heinemann, 1961.

<sup>25</sup> Para la exposición clásica véase, de G. Almond y J. S. Coleman, *Politics of the Developing Areas*, Princeton, 1960. Y para una aplicación, aunque con menos énfasis en las comunicaciones, véase, de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Glencoe III, Free Press, 1958.

<sup>26</sup> Véase *The Social System*, de T. Parsons, Free Press, 1955, cap. 7.

<sup>27</sup> Pero véase, de D. I. Davies, "Comparative Sociology and Theoretical Models", *British Journal of Sociology*, junio de 1967.

te a los obreros y campesinos, y es un sociólogo latinoamericano que se interesa especialmente en examinar la teoría a la luz de las condiciones sociales de su propio país.<sup>28</sup>

El análisis de Germani se basa en un modelo estructuralista en que hay cuatro grupos sociales fundamentales: el tradicional, el disponible, el movilizado y el integrado.<sup>29</sup> La transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna integrada es rápida en la actualidad y se manifiesta en casi todas las regiones de América Latina. La sociedad tradicional va desapareciendo a medida que transforma una masa "disponible" y la maquinaria social se encamina hacia la movilización. Cuando una sociedad no está en condiciones de desarrollar con bastante rapidez el mecanismo para la integración son mayores las probabilidades de que se produzcan trastornos violentos. Por consiguiente, las sociedades latinoamericanas pueden ser clasificadas de acuerdo con los diversos casos de que la movilización e integración sean casi completas, que la movilización sea casi completa y la integración incompleta, que la movilización aumente pero la integración permanezca en estado de equilibrio, y que la movilización sea rápida o extensa pero la integración sea débil.<sup>30</sup> Casi siempre se define el cambio social como la desintegración de las viejas estructuras, y la movilización como el sistema normativo de la sociedad global. Esto supone<sup>31</sup> una transición de la sociedad colonial con sus acentuadas características tradicionales a la democracia representativa mediante seis etapas, incluyendo la guerra civil, la unificación de autocracias, y tres etapas de participación paulatinamente aumentadas. A diferencia de lo sucedido en la mayor parte de Europa, la transformación económica se ha producido en América Latina después de la movilización de los sectores populares: en consecuencia, hay un problema de integración o del lugar en que las normas que rigen a la sociedad se prestan a discusión debido al hecho de que no se ha logrado una tasa elevada de desarrollo económico. En tales casos, cuando el grado de movilización sobrepasa al mecanismo de integración, surgen movimientos populares en escala nacional dirigidos por élites más o menos empeñadas en ideologías de industrialización. Lo que demandan los sectores movilizados es "participación", pero ésta no se logra si no se reforma la estructura social. Aunque los regímenes militares intentan legitimar su poder por medio de llamados a los sectores populares, no pueden hacerlo sin modificar la concentración de la propiedad de la tierra. Aunque ésta no se consiga jamás (si no es mediante una revolución) se amplía el grado de participación y, por ejemplo en Argentina, bajo el régimen de Perón, "entraña espontaneidad y

<sup>28</sup> Para trabajos más extensos, véanse *Política y sociedad de una época de transición*, de G. Germani, Buenos Aires, 1962; "Democratic representative et Classes populaires en Amérique Latine", *Sociologie du Travail*, Vol. 3, Nº 4 (1961), pp. 96-113; "Social Change and Intergroup Conflicts", en I. L. Horowitz (ed.) *The New Sociology*, O. U. P., 1964, pp. 391-408, y *La integración política de las masas y el totalitarismo*, Buenos Aires, 1956.

<sup>29</sup> "El proceso de transición se caracteriza por una desintegración inicial de la estructura tradicional (por lo menos en algunas de sus partes). A nivel de los grupos, esta desintegración se manifiesta por el desplazamiento de los mismos con relación al lugar que les corresponde. Tal desplazamiento se ha llamado a veces "disponibilidad", y los grupos afectados por este proceso se han llamado "grupos disponibles". Cuando esta disponibilidad se traduce en una participación más intensa que la que existía en estructuras anteriores o en esferas previamente excluidas, hablamos de movilización. Cuando se han producido cambios que por una parte hacen posible legalizar y por la otra ofrecen posibilidades efectivas de lograr un grado adicional de participación de los grupos movilizados, hablamos de integración". (Op. cit. de G. Germani, p. 395).

<sup>30</sup> Véase op. cit. de Germani, 1961, p. 403.

<sup>31</sup> Op. cit. de Germani, 1961, pp. 403-7.

además cierto grado de libertad efectiva que es totalmente desconocida e imposible en la situación precedente al establecimiento del movimiento nacional-popular... para individuos salidos del patrón tradicional de acción prescriptiva representa un verdadero cambio participar en una huelga, elegir un dirigente sindical o discutir con un patrono". Finalmente, a la integración de los obreros en la sociedad contribuye el crecimiento del nacionalismo que acompañado de la movilización de la población disponible y la conversión del sentimiento de comunidad nacional, ha ayudado a crear un sentido de derechos de ciudadanía y ha proporcionado a las élites una ideología en sus esfuerzos por crear una sociedad moderna.

Está fuera del alcance de este trabajo explorar detalladamente la teoría de Germani.<sup>32</sup> Aquí es importante discutir sus implicaciones para el análisis de los movimientos de clases laborales a la luz de las teorías adelantadas por Alain Touraine y por la escuela de investigación marxisante, y de ciertos hechos básicos presentados por otras investigaciones. Las cuestiones más importantes que plantea Germani son las que se relacionan con las posibilidades que tienen los obreros para la acción coordinada y el marco en que las mismas operan. Al proveer una tipología para el cambio social por medio de índices de modernización que proceden de factores políticos y sociales, Germani, por lo menos, ha creado un punto de partida. En su marco conceptual, Alain Touraine depende en cierta medida de Germani, pero su análisis se funda en un método dialéctico, hegeliano más bien que marxista, que enfatiza el carácter de los movimientos sociales y sus opciones estratégicas. Utiliza los conceptos de defensa, oposición y totalidad para definir un movimiento social y los iguala en diversas etapas del desarrollo con teorías de movilidad, nacionalismo y relaciones de clases.<sup>33</sup> Al igual que Germani, categoriza el desarrollo de acuerdo con tipos ideales, definidos por la magnitud y la índole de la participación popular en el sistema político y económico. Encuentra tres situaciones en América Latina.<sup>32</sup> Donde una rebelión popular dirige su oposición contra la "anti-nación", las fuerzas imperialistas o el dominio colonial como respuesta a una situación de aguda dependencia económica;<sup>33</sup> donde la sociedad ya está movilizada por una burguesía nacional o por el Estado y donde los movimientos sociales están sometidos a la importancia de la movilidad social individual y la "movilidad colectiva". Los movimientos se definen en relación con los nuevos habitantes de las ciudades y hasta cierto punto contra la clase media, pero deben su definición de "interés general" al proceso de desarrollo que ya existe en las ciudades. La unidad nacional se hace el tema principal y los movimientos son los que Germani define como nacional-popular;<sup>34</sup> finalmente, la sociedad ya está dominada por las realidades y los problemas de una economía industrial y afronta la resistencia de estructu-

<sup>32</sup> Afortunadamente, en otro lugar se ha comprendido la tarea: véase, de Jorge García Bouza, "Factors of Change in Latin America", gestión inédita: *VI Congreso de Sociología*, Evian, septiembre de 1966; y de W. E. Moore, "Social Change and Comparative Studies", *International Social Science Journal*, 1963, Nº 4, pp. 522 y siguientes; y de J. Nun, "Los paradigmas de la Ciencia Política, un intento de conceptualización", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 1, Nº 1, 1966, y de Juan F. Marsal, "Cambio Social en América Latina", Sola Hachette, Buenos Aires, próxima publicación.

<sup>33</sup> Véase, de A. Touraine, "Movilidad Social, relaciones de clase y nacionalismo en América Latina", *América Latina*, Año 8, Nº 1, enero/marzo de 1965, para la aplicación latinoamericana de una tesis elaborada en términos más generales por T. Touraine, *Sociologie d'Action*, Editions du Seuil, 1965.

<sup>34</sup> "Industrialisation et conscience ouvrière à Sao Paulo", *Sociologie du Travail*, Vol. 3., Nº 41 (1961), pp. 77-95.

ras sociales o sectores "arcaicos". Los movimientos políticos apelan a la mayoría de los ciudadanos, no solamente obreros, aunque este populismo ha constituido una atmósfera favorable para el progreso del sindicalismo. Los movimientos se dirigen contra los que impiden el progreso —normalmente la burguesía urbana y rural. En estas tres etapas, Touraine ve un progreso de la conciencia de la clase propia a la conciencia de la clase opuesta y finalmente a la conciencia de los conflictos y alianzas de clases. Como ejemplos de los tres tipos de situación menciona la revolución mejicana (rebelión popular), los regímenes de Kubitschek y Goulart en Brasil (nacional popular) y los socialistas de oposición en Chile (frente popular). Como versiones "deformadas" de estas situaciones, están las revoluciones boliviana (rebelión popular por una parte, y por la otra un sistema institucional que depende parcialmente de la clase media); el peronismo (nacionalismo extremado que sacrifica el desarrollo económico y se hace autoritario); o Uruguay (la carencia de posibilidades económicas condena al frente popular a mantener el estancamiento económico y la inmovilidad social). La clase obrera industrial, aunque siempre es un elemento importante en el desarrollo de nuevas soluciones políticas, apenas tiene la posibilidad de dictar sus propios términos. En una situación de rebelión popular lo que más importa es la movilidad colectiva; esto favorece la militancia y la existencia de activistas dedicados a un movimiento o apparatus. No obstante si volvemos a la distinción que hace Germani entre movilización, participación e integración, puesto que la mayoría de los obreros no disponen todavía de los medios elementales para la participación, esto es lo más importante (una consigna irónica para el obrerismo latinoamericano podría ser por tanto, "no hay movilización sin participación"). Pero esto, en países que están sólo parcialmente industrializados, difícilmente resulta bastante revolucionario. La participación radica en las instituciones de la sociedad urbana: como lo demostró la revolución boliviana, ni siquiera una gran revolución llevada a cabo por obreros industriales puede tener éxito contra la ofensiva combinada de la clase media urbana y la capa acomodada rural. En esta segunda etapa, aunque hay una fuerte participación en los movimientos de masas, no hay más que una tenue inclusión en sus actividades: los sindicatos están estrechamente vinculados a los partidos populares nacionales y dominados por el aparato político. Como dice Touraine en otra parte<sup>34</sup> acerca de un país con esta situación, "el sindicalismo brasileño vacila entre la independencia respecto del Estado, que implica una orientación reformista, y el mantenimiento de nexos con el Estado, que lo condena a no ser un movimiento social activo". Por consiguiente, aquí también la participación política de la clase obrera llega a implicar una alianza con las fuerzas nacionalistas radicales de la burguesía (Goulart, Kubitschek, Perón). En la tercera etapa —la de soluciones de frente popular— como la movilidad social se hace posible y bastante rápida, los sindicatos y movimientos laborales dejan de ser revolucionarios en absoluto y se concentran en propósitos "instrumentales".

Lo que Touraine hace en su análisis es combinar elementos de la teoría de Germani sobre el cambio social y el conflicto de grupos con un intento de desarrollar una teoría de conciencia de clase. En este proceso, ha elaborado una serie de proyectos que amplían la teoría y desarrollan su utilidad en la descripción de situaciones precisas. Tal vez el más coherente es su estudio

sobre Sao Paulo, porque ofrece un importante ejemplo de los grados de transición y además porque existen teorías de orientación marxista sobre Brasil con las cuales se le puede contrastar.<sup>35</sup> Después de señalar una distinción entre los obreros industriales tradicionales (sobre todo italianos o portugueses, e incluir una gran proporción de obreros calificados) cuya conducta sindical no es diferente de la europea, y la nueva clase obrera (no calificada y consistente en inmigrantes del interior), Touraine funda su análisis en los inmigrantes no calificados. La migración tiene tres causas principales: el abandono involuntario del campo, la aceptación de nuevas orientaciones hacia áreas urbanas sin confinarse a éstas y un activo sentido de movilidad que implica conciencia de elevación social. Esto a su vez produce tres niveles de actitudes: una búsqueda de ventajas económicas individuales con carencia de solidaridad en el centro de trabajo; una solidaridad concreta con los grupos laborales y familiares, y una "imagen de la sociedad basada no tanto en el conflicto social como en la oposición de los niveles sociales, más agrarios que industriales". Entre los obreros desplazados hay dos tipos de conducta —"conciencia segmentada"— (enlace con algunos elementos de conducta industrial pero al mismo tiempo una aceptación general del paternalismo y la personalización de las relaciones sociales en el trabajo); "conciencia dividida" (ausencia de toda integración —inestabilidad, uso de drogas y estimulantes, prostitución, etc.). En cualquiera de estos dos casos, el proceso urbano es más significativo para la orientación de los obreros que la situación industrial. Los obreros se adaptan apáticamente a las demandas laborales o de lo contrario buscan independencia económica por medios desconectados de las características de consumo masivo de las sociedades industriales. Por consiguiente, los movimientos demagógicos son un terreno fértil para la actividad entre estos grupos. En la segunda categoría de obreros (que aceptan deliberadamente las orientaciones de la sociedad urbana), hay cierta conciencia de movilidad con actitudes de integración relativa. Continúa la docilidad tradicional, pero también existe un "inconformismo utópico" —una esperanza de mejoramiento en un futuro más o menos lejano. La sociedad industrial es aceptada, pero más por sus valores de consumo que por sus valores productivos o políticos. Finalmente, hay una completa integración acompañada de una fuerte conciencia de movilidad.

Por consiguiente, en Sao Paulo el sindicalismo encierra conflicto entre el conjunto de los obreros y los patronos y también entre las diversas categorías de obreros. Los obreros bien integrados constituyen una categoría privilegiada cuyos intereses radican parcialmente en la solidaridad con los capitalistas, pues tanto unos como otros se benefician con el dominio creado por los centros industriales y comerciales y las "colonias" del interior de Brasil. Una alianza que se llevó a cabo entre este grupo y los políticos burgueses en los años treinta creó una forma de estructura sindical que actualmente hace que el recién llegado a la ciudad considere al sindicato como una parte del sistema industrial. Las cuotas sindicales se deducen como impuesto sobre los salarios, el sindicato es un distribuidor de "servicios" y la expresión de una participación indirecta e involuntaria en el poder. En consecuencia, aun-

<sup>35</sup> Op. cit. de A. Touraine; 1961.

que los nuevos obreros ingresan automáticamente en un sistema sindical, pocos son los que se vinculan personalmente a él. Los obreros más antiguos y estables se disgustan con la llegada de grandes masas nuevas y no militantes. Cuando no tratan de radicalizarlas mediante sindicatos de base comunista (aunque los dos grupos tienen intereses sumamente divergentes) trabajan con el Estado y procuran apoyar una ideología de intervención nacionalista y político. De todos modos, es poca la oportunidad que tienen los obreros de ser revolucionarios: el éxito en términos industriales no hace más que contribuir al desequilibrio regional: los campesinos y obreros agrícolas tienen poca probabilidad de participar de los frutos de la acción industrial urbana. Y dentro del sector urbano, la continuación de los nexos familiares y vecinales, al igual que la estructura legalista de las relaciones industriales, actúan como un freno sobre la conciencia de la clase obrera y mantienen actitudes "tradicionales". En muchos sentidos este análisis no difiere del que ofrecen teóricos marxistas como Ottavio Ianni.<sup>36</sup> La diferencia está en la importancia que se concede a las causas estructurales y al potencial revolucionario definitivo. Ianni ve las características estructurales del capitalismo brasileño como algo que constituye la única causa determinante de primordial importancia en la conducta de los obreros. "La clase obrera fue insertada en un sistema político destinado a evitar o limitar el surgimiento de tensiones sociales fundamentales". La burguesía industrial es la clave de las relaciones políticas e industriales. Aunque reconoce las mismas diferencias entre los sectores de la clase obrera, Ianni considera la estructura del desarrollo capitalista como la más decisiva para determinar el resultado. Mientras Brasil permanezca en una situación de semidesarrollo, es probable que continúe la misma situación. Pero esta es "de transición". A medida que la estructura capitalista se aproxima a su máximo desarrollo, va aminorando la modificación de las infraestructuras, disminuye la movilidad vertical, la burguesía industrial agota sus posibilidades de controlar otros grupos, y comienza a funcionar el mecanismo fundamental del sistema. En los últimos años el proletariado ha empezado a encontrar este rumbo.

Asis Simao,<sup>37</sup> y M. Lowy y S. Chucid<sup>38</sup> recalcan también las posibilidades revolucionarias de los obreros urbanos en Brasil. Ambas investigaciones sugieren que los recién llegados a las ciudades tienden a mantener una actitud reformista en tanto que los que están más integrados en la vida urbana y económica tienden a ser más radicales y apoyar al partido comunista. Está claro que aunque en esto pueda haber una verdad limitada, no evidencia la radicalización progresiva de los obreros en condiciones urbanas. Una proporción bastante elevada de estos obreros proceden en principio de Europa y aunque manifiesten cualesquiera tendencias a la acción radical, ello puede deberse más a la educación y experiencia política que han adquirido en Europa que a los factores sociales y culturales existentes en Brasil. (Esto también plantea la cuestión de principio en cuanto a si el partido comunista es "radical" en

<sup>36</sup> Véase por ejemplo, de Ottavio Ianni, "condicoes institucionais de comportamento politico operario", *Revista Brasileira*, Nº 36, 1961, pp. 16-39.

<sup>37</sup> Asis Simao: "Industrialisme et Syndicalisme en Brasil", *Sociologie du Travail*, Vol. 3, Nº 4, 1961.

<sup>38</sup> Michael Lowy y Sara Chucid, "Opinões et atitudes de líderes sindicais metalurgicos", *Revista brasileira de Estudos Politicos*, (Belo Horizonte, Nº 13, enero de 1962, pp. 132-169.

este contexto). Pero además, como arguye Touraine de un modo convincente, el movimiento laboral ha tomado un camino revolucionario solamente cuando ha tenido que luchar a la vez contra el poder personal de empresas particulares y contra un sistema capitalista incapaz de asegurar el progreso económico. Y éste, a su vez, está determinado por la legislación social del gobierno que, como medida contra la crisis, trata de proporcionar una estructura racional a la industria. Hasta ahora, por lo tanto, el incentivo más poderoso para la actividad sindical —y todo potencial “revolucionario”— es el gobierno, y para el movimiento laboral “las condiciones que rigen en su origen también determinan su línea reformista”. Esta, desde luego, no descarta la posibilidad de desarrollo revolucionario (los factores estructurales que sugiere Ianni pudieran empezar a funcionar), pero hace muy dudosas las sugerencias de que el movimiento laboral está haciéndose cada vez más revolucionario. Pero este juicio optimista —y un tanto ingenuo— es característico de muchos obreros orientados en el marxismo (a menos que hayan manifestado simpatías por la China cuando pudiera hacerse un análisis más próximo al de Touraine). No es por tanto muy difícil que digamos destruir esta teoría. Henry Lansberger, en un análisis de los dirigentes sindicales de varios países latinoamericanos, demostró que en general no eran revolucionarios. Encontró que en Chile los dirigentes de Santiago no eran muy radicales, y “sustentaban la idea de que las divisiones ideológicas pierden su incentivo en el curso del desarrollo económico”.<sup>39</sup> En su libro sobre Perú, Payne llega a conclusiones generales, mientras los escritos esenciales de Touraine y Alexander apuntan en la misma dirección. No obstante, las simples refutaciones no son adecuadas de por sí. Después de todo, la revolución boliviana fue grandemente respaldada por los mineros del estaño; los sindicatos proporcionaron un punto de coordinación notable para los programas radicales de Brasil en los primeros años de la década del sesenta; y los comunistas son, como destaca Andreski “extremadamente poderosos en los sindicatos de todo el continente. Con excepción de Argentina (donde tienen que competir con los peronistas) constituyen indudablemente el elemento más dinámico del movimiento laboral”.<sup>40</sup>

### 3. LAS POSIBILIDADES

Las teorías funcionalista y hegeliana del trabajo obrero son útiles porque proporcionan una alternativa para el optimismo ingenuo de muchos marxistas y liberales esperanzados que han escrito sobre América Latina. Germani y Touraine exponen las características estructurales que operan contra todo grado de acción radical y la medida en que la segmentación de las sociedades es un factor determinante para modelar las actitudes de clase e influir en la estrategia. Además, si la teoría de Germani sobre el cambio social implica algo que se aproxime a una sociedad global definitiva (podríamos suponer a la Argentina con los Estados Unidos) que dependa solamente de la evidencia parcial, hace falta al menos algún tipo de modelo para que tenga sentido cualquier análisis del desarrollo. La falla de este modelo consiste principal-

<sup>39</sup> H. Lansberger, “The Labour Elite: is it Revolutionary?”, en Lipset y Solary, op. cit., y H. Lansberger, M. Bartera y A. Toro, “The Chilean Labor Union Leader: a preliminary report on his background and attitudes”, *Industrial and Labor Relations Review*, Vol. 17, Nº 3, abril de 1964.

<sup>40</sup> Op. cit. de S. Andreski, p. 203.

mente en que no toma suficientemente en cuenta ninguno de estos dos factores internos que deforman el posible resultado (después de todo, la sociedad industrial soviética es estructural e ideológicamente distinta de la norteamericana, al igual que lo es la francesa de la japonesa), ni las influencias externas decisivas que modelan la estructura económica y social en los países de América Latina. En cierta forma, Touraine adelanta algo en el camino de hacer frente a estas críticas. Su análisis se fundamenta sólidamente en una situación colonial (Germani parece renuente a considerar el hecho básico de que las sociedades latinoamericanas funcionan política y económicamente como colonias de los Estados Unidos y que el nacionalismo incipiente es una respuesta a esta situación y no simplemente una necesidad de "integración" y "construcción nacional"). Touraine tiene también más que decir acerca de las formas en que la conciencia de clases está plasmada por las ideologías nacionales y los cambios en la estructura social. Tiene un matiz más comparativo en sus conclusiones y es menos optimista.

Pero en última instancia, el análisis de la clase obrera en cualquier país debe tener en cuenta tres factores fundamentales: las alteraciones en la estructura social y económica que proveen las razones para el cambio y la composición y distribución precisas de la clase obrera que surge; las condiciones de vida y de trabajo que crea esta estructura para los trabajadores, y los procedimientos por los cuales la clase obrera llega a ver su propia situación y articular sus propios intereses en relación con la estructura. Desgraciadamente, el análisis de la clase obrera latinoamericana se ha limitado casi exclusivamente al primer factor —que es casi lo mismo que si el análisis del origen de la clase obrera inglesa dependiera completamente de Neil Smelser para su interpretación e informes. El estudio del obrerismo latinoamericano no sólo carece de un E. P. Thompson, sino que apenas tiene su Engels o un Booth. La obra de Touraine constituye un paso importante hacia el abarcamiento sistemático del área decisiva de la relación entre la cultura y la clase obrera. Pero aquí necesitamos más aún. Es importante documentar los parámetros culturales de acción en que se concentra principalmente Touraine y documentar también la visión real que de sí mismos y de las posibilidades de acción tienen los grupos que constituyen la clase. Si omitimos el detalle, se hace evidente la descripción de lo que el mismo pudiera ser.

Salta a la vista que los obreros de toda América Latina no tienen conciencia de sí mismos como una clase obrera principalmente industrial. Y evidente es también que el surgimiento de los llamados "sectores medios"<sup>41</sup> no ha producido la zona de amortiguamiento entre la oligarquía y las masas que podrían actuar como un punto de enfoque para la identificación de la clase obrera industrial. La clase media y la nueva burocracia se identifican con la oligarquía rural dominante y con los niveles de consumo del mundo exterior, principalmente en los Estados Unidos. Esta clase media, como observó en Brasil Charles Wagley "es culturalmente el sector más conserva-

<sup>41</sup> John J. Johnson, *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, Stanford, 1958. Para una crítica, véase, de James Petras, "The Latin American Middle Class", *New Politics*, IV, 1, Invierno de 1963, pp. 78-85.

dor de la sociedad brasileña... se mezcla con la antigua clase superior tradicional para formar un nuevo segmento dominante de la sociedad brasileña".<sup>42</sup> Si empiezan a apoyar a los sindicatos, están sólo preparados para apoyar sindicatos segmentados sin ningún poder político que proclame que "el Estado tiene que incrementar su control sobre las organizaciones obreras, sobre todo en relación con las peticiones de incremento en los salarios y el derecho a la huelga".<sup>43</sup>

En este contexto, y en el contexto de la migración masiva de las ciudades y la continuación del desarrollo económico desigual, la reacción de los obreros es insegura y comprometedora. En México, tienen que definir sus acciones en relación con el gobierno. Sólo el 32 por ciento de los asalariados está realmente afiliado a sindicatos. El mayor centro sindical, la Confederación de trabajadores de México, está representado oficialmente como el sector laboral del Partido revolucionario institucional, que es del gobierno, y los sindicatos no afiliados a la CTM están también estrechamente vinculados al gobierno. Durante los últimos cuarenta años, la actitud de los sindicatos ha reflejado fielmente las variaciones de la política gubernamental. Las huelgas han aumentado bajo los regímenes de presidentes que han simpatizado con los sindicatos —en gran parte para hacer presión a fin de que los programas del gobierno se hagan más radicales.<sup>44</sup> En general, los obreros industriales tienen menos de conciencia como "clase" que de conciencia como "sector": se identifican como un sector urbano privilegiado que se opone a la población "marginal" que amenaza su posición al invadir el mercado laboral. Pero la élite política reconoce que un conflicto entre la población marginal y las clases industriales estables conduciría a una quiebra de la estabilidad. En consecuencia, lucha por mantener la armonía. Los sectores marginales —por la misma naturaleza de su posición— carecen de organización y dirigentes. Su figura típicamente representativa es el Manuel de Los Hijos de Sánchez, de Oscar Lewis,<sup>45</sup> en que el aspirante a empresario se ve obligado a buscar la comida por los puestos de los mercados de Ciudad México y Guadalajara. El contraste entre su posición y la de los obreros estables es inmensa. Solamente el 22 por ciento de los asalariados están amparados por los programas de seguro del Instituto de seguridad social y sus salarios duplican el sueldo mínimo nacional: algunos trabajadores industriales reciben cuatro veces el mínimo nacional. Estos obreros tienen poca conciencia de clase y se organizan en grupos de presión industrial para mejorar su situación económica en el contexto de una sociedad neocapitalista paternalista. En contraste con ellos, los obreros marginales suelen reaccionar con violencia, indiferentes, mezquino espíritu de empresa o retirada a los campos con los cuales siguen teniendo estrechos vínculos personales.

En Perú y Brasil la situación es distinta, el estado es menos liberal, más restrictivo, pero el resultado es prácticamente igual. Los sindicatos apristas van dejando de ser un movimiento popular radical para ser una viva parte in-

42 C. Wagley, *An Introduction to Brazil*, p. 126.

43 Comisión Económica para América Latina, Mar del Plata, Argentina, 1968, pp. 16-17.

44 Véase, de P. González Casanova, "L'évolution du système des classes en Mexique", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. 12, N° 39, (1965), pp. 113-136.

45 O. Lewis, *Los hijos de Sánchez*. Joaquín Mortiz editor, México.

tegrante de la estructura política, que representa los intereses de los trabajadores establecidos en el centro del poder, acepta el sistema y define sus intereses contra los obreros “marginales”, los inmigrantes y los campesinos.<sup>46</sup> Los sindicatos comunistas y de otros matices radicales pueden extenderse si tienen una comunidad bien integrada en que basar sus actividades —por ejemplo aldeas mineras— pero en definitiva se ven frustrados por la enorme tarea de movilizar a los desarraigados e insensibles, y responden a la presión con una violencia sin sentido y una acción política que no tiene posibilidades estratégicas. Muy parecido es lo que sucede en Brasil. Los obreros estables participan en la lucha por el poder como “masa de maniobra”, un peón consciente, manipulado por el Ministerio del trabajo. Así surge lo que Fernando Cardoso llama “sindicalismo de control”,<sup>47</sup> una lucha por mejorar las condiciones dentro del sistema capitalista y dentro del contexto del aparato político. Los que están fuera se manifiestan apáticos. Son obreros agrícolas desplazados de la tierra e impulsados, no tanto por el deseo de mejoría social e integración en la vida industrial, como por la pobreza. “Esto les hace menos exigentes en cuanto al ‘destino’ y, en cierta medida, hace que estén más dispuestos a aceptar las condiciones de vida y trabajo del sistema industrial e ingresar en los negocios o en las ocupaciones de servicio”. Aunque las constantes exhortaciones que hacen los políticos pidiendo un “esfuerzo nacional”, una mayor participación, empiezan a hacerles ver más claramente lo que es posible, y aunque Goulart desató una fuerza potencial para la acción industrial, esto apenas ha cristalizado todavía en una movilización de los sectores marginales para la acción revolucionaria: el nacionalismo y el status se reducen frecuentemente al equipo de balompié brasileño, y el negro Pelé es el símbolo de la movilidad social.

Aunque la clase obrera de casi todos los países latinoamericanos tiene muy poca conciencia de sí misma y de su potencialidad política (la revolución boliviana es en cierto modo un caso especial que merece tratamiento aparte),<sup>48</sup> está constantemente al borde de un dilema revolucionario. En condiciones de estabilidad y bajo gobiernos populares nacionalistas, se define con relación a esos gobiernos, tratando de asegurar la movilidad social y cierto grado de éxito económico dentro del sistema. Pero el ejército de trabajadores emigrantes compromete su posición: la amenaza de inestabilidad está siempre latente.

Esto nos hace volver a las cuestiones teóricas por las cuales empezamos. La mayor parte de las investigaciones sociológicas y económicas sobre el obrerismo en América Latina se lleva a cabo ante una perspectiva evolucionista en que las actitudes de los obreros frente a los programas se relacionan con una tipología que utiliza con continuum tradicional-industrial. Como se ha señalado, ésta se puede emplear particularmente cuando se analizan naciones que están industrializándose. Pero no todas las naciones tienen siquiera la posibilidad de industrializarse. La mayor parte de ellas no tienen durante mucho tiempo otra alternativa que mejorar su agricultura mientras tienen que resolver a la

<sup>46</sup> Véase op. cit. de R. Payne.

<sup>47</sup> F. H. Cardoso: “Le prolétariat brésilien, situation et comportement social”, *Sociologie du Travail*, Vol 3, Nº 4, (1961), pp. 50-65, (pero originalmente elaborado por A. Touraine en “Contribution a la sociologie du mouvement ouvrier: le syndicalisme de controle”. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol 28, (1960), pp. 57-88.

<sup>48</sup> Véase, de R. Alexander, *The Bolivian National Revolution*, Rutgers U. P., 1968.

vez el problema social del incremento de la población urbana. La urbanización conlleva la creación de expectativas derivadas de una sociedad industrial sin proporcionar la riqueza básica que pueda satisfacer siquiera remotamente esas expectativas. De esta manera se cree que un lumpemproletariado deriva sus ambiciones de la sociedad urbana mientras conserva muchas de las características familiares y culturales de la sociedad rural. Por supuesto, este fenómeno no es nuevo en los países que están desarrollándose: lo que quizás sucede solamente en casi todas partes de América Latina es que en consecuencia ni la estructura rural ni la urbana cambia de un modo apreciable. No es sorprendente que en los obreros "marginales" no se desarrolle una conciencia de clase "industrial": no hay más que un mínimo medio ambiente industrial en que esto puede ocurrir.

Tanto el análisis funcionalista como el marxista nos plantea por tanto enormes problemas cuando estamos ante situaciones en que no hay desarrollo evidente y absoluto. Al ofrecernos esquemas que entrañan el análisis de sociedades enteras en el contexto de una perspectiva evolucionista, nos ofrecen una u otra opción que, según sugiere la evidencia latinoamericana, conducen a una deformación de la verdad. La clase obrera industrial es incapaz de desarrollar una afectiva actividad política precisamente a causa de la incertidumbre en el desarrollo económico, y a causa de la persistencia de la influencia "tradicional" tanto en la estructura rural como en la urbana. El dilema está bien ejemplificado en Argentina, que es el país latinoamericano más urbanizado y a la vez más industrial, y con un sector agrícola predominante. Desde julio de 1966, la junta militar se ha enfrascado en una política de "liberalismo económico" —devaluación del peso argentino, restricción de los salarios, énfasis en la agricultura más bien que en la industria, limitación de las importaciones industriales y de servicios y medidas generales contra la inflación. En consecuencia se ha agudizado el conflicto entre el gobierno y los sindicatos. Aunque la facción vanderista de la CGT que representa los obreros calificados y otros con trabajos estables trató de cooperar con la junta, una gran huelga portuaria llevada a cabo en octubre deterioró las relaciones entre el gobierno y los obreros, y culminó en una triunfante huelga general el 14 de diciembre. El gobierno respondió nombrando al Dr. Guillermo Bordo, que anteriormente había sido un activo peronista y abogado de los obreros, Ministro del Interior (responsable de asuntos laborales).<sup>49</sup> El origen de este conflicto está en el hecho de que Argentina depende casi totalmente de inversiones extranjeras (particularmente estadounidenses) y en el trastorno que ello produce en la economía al poner énfasis en los bienes de consumo y una forma de servicios industriales que la economía no puede soportar. La opción está entre la resistencia —y una exhortación al desarrollo nacional— o una capitulación total ante las presiones capitalistas externas.

Por consiguiente, casi todos los estudios sobre la conciencia de clase en América Latina parecen erráticos. Aunque podría colectarse material sociológico interesante mediante encuestas entre los obreros establecidos en las minas y las ciudades principales, la clave del futuro latinoamericano radica en los

<sup>49</sup> Para un resumen de los recientes acontecimientos económicos, véase "Argentina", en *B. O. L. S. A. Review*, Vol. I. N° (1967), pp. 2-8.

obreros “marginales” y rurales. La cultura de éstos, la Iglesia, que no siempre es una influencia reaccionaria, el sistema de parentescos, el patrón de ocupación y tenencia de tierras, la pequeña empresa y la violencia, es la cultura de la mayor parte de los latinoamericanos, la tierra de nadie que no es tradicional ni moderna, sensible solamente a las posibilidades, no a los empeños industriales. Si apenas están conscientes de sí mismos como clase (aunque el surgimiento de ligas campesinas en Brasil y Perú pudiera sugerir que esto no es tan cierto como era), están no obstante conscientes de su amarga pobreza. Esta pobreza es el hecho más estratégico para el futuro de América Latina.



